



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LA ASOCIACIÓN MUSEOS ECLESIAÍSTICOS ITALIANOS

Sala Clementina

Viernes, 24 de mayo de 2019

[Multimedia]

[El Santo Padre entregó el discurso que publicamos a continuación, improvisando algunas palabras para afirmar el deseo de saludar uno por uno a todos los presentes.]

Queridos hermanos y hermanas:

Os doy la bienvenida, empezando por la Presidenta, a quien agradezco las palabras con las que ha presentado nuestro encuentro, a la junta directiva, al director de la oficina nacional para el patrimonio cultural eclesiástico y los edificio de culto de la CEI y a todos vosotros, estimados operadores y operadoras, que por diversas razones prestáis vuestro servicio, incluso de manera voluntaria, en los museos de las diócesis o de los institutos religiosos en Italia.

La historia de vuestra Asociación demuestra la respuesta a la necesidad de coordinar y poner en diálogo los numerosos y variados museos, grandes y pequeños, que están presentes en Italia y, gracias a Dios, se hallan en constante crecimiento. De hecho, los museos eclesiásticos comparten la misma misión: documentar «visiblemente el camino recorrido por la Iglesia a lo largo de los siglos en el culto, la catequesis, la cultura y la caridad» (*Carta circular sobre la función pastoral de los museos eclesiásticos*, 2001).

En la Encíclica *Laudato si'* recordé que el patrimonio histórico, artístico y cultural, junto con el patrimonio natural, está igualmente amenazado. Es parte de la identidad común de un lugar y una base para construir una ciudad habitable. Necesitamos integrar la historia, la cultura y la arquitectura de un lugar en particular, salvaguardando su identidad original, haciendo que el lenguaje técnico dialogue con el lenguaje popular. Es la cultura entendida no solo como los

monumentos del pasado, sino especialmente en su sentido vivo, dinámico y participativo (ver [n. 143](#)). Por este motivo, es esencial que el museo mantenga buenas relaciones con el territorio en el que se inserta, colaborando con otras instituciones similares. Se trata de ayudar a las personas a vivir juntas, a vivir bien, juntas, a colaborar juntas. Los museos eclesiásticos, por su propia naturaleza, están llamados a fomentar el encuentro y el diálogo en la comunidad territorial. En esta perspectiva, es normal colaborar con museos de otras comunidades religiosas. Las obras de arte y la memoria de diferentes tradiciones y estilos de vida hablan de esa humanidad que nos hace hermanos y hermanas.

El museo contribuye a la buena calidad de vida de la gente, creando espacios abiertos de relación entre las personas, lugares de cercanía y oportunidades para crear comunidades. En los grandes centros se propone como oferta cultural y representación de la historia de ese lugar. En las ciudades pequeñas sostiene a la conciencia de una identidad que «hace que uno se sienta como en casa». Siempre y para todos ayuda a levantar la mirada hacia la belleza. Los espacios urbanos y las vidas de las personas necesitan museos que les permitan disfrutar de esta belleza como una expresión de las vidas de las personas, de su armonía con el medio ambiente, del encuentro y de la ayuda mutua (ver [Laudato si'](#), 150).

Sé bien que para vosotros este trabajo es una pasión: pasión por la cultura, la historia, el arte, que hay que conocer y salvaguardar; pasión por la gente de vuestras tierras, a cuyo servicio ponéis vuestra profesionalidad. Y también la pasión por la Iglesia y su misión. Los museos en los que operáis representan el rostro de la Iglesia, su fecundidad artística y artesanal, su vocación de comunicar un mensaje que es Buena Noticia. Un mensaje no para unos pocos elegidos sino para todos. ¡Todo el mundo tiene derecho a la cultura hermosa! Especialmente los más pobres y los últimos, que deben disfrutarla como un don de Dios. Vuestros museos son lugares eclesiales y vosotros participáis en el cuidado pastoral de vuestras comunidades al presentar la belleza de los procesos creativos humanos destinados a expresar la Gloria de Dios. Para ello cooperáis con las diferentes oficinas diocesanas, y también con las parroquias y escuelas.

Me congratulo con vosotros porque os preocupa vuestra formación para garantizar una preparación general actualizada también en los centros de estudio eclesiásticos, así como una preparación específica en los diversos sectores de competencia. Pienso, por ejemplo, en el curso celebrado este año en la Pontificia Universidad Gregoriana. Pero también en el trabajo capilar de información y comunicación de los museos a través de los medios de comunicación, jornadas de formación y contribuciones a revistas especializadas. También animo las iniciativas que lleváis a cabo junto con los archivos y bibliotecas, poniendo en sinergia vuestro profesionalismo y vuestra pasión. ¡Juntos a veces vamos más despacio, pero seguramente vamos más lejos!

Muchos de vosotros os dedicáis a dialogar con los artistas contemporáneos, promoviendo encuentros, realizando exposiciones, formando a las personas en los lenguajes de hoy. Es una obra de sabiduría y apertura, no siempre apreciada; es un trabajo “de frontera”, indispensable

para continuar el diálogo que la Iglesia siempre ha tenido con los artistas. El arte contemporáneo incorpora las lenguas a las que los jóvenes están especialmente acostumbrados. No puede faltar en nuestros museos esa expresión y esa sensibilidad, a través de la investigación inteligente de motivaciones, contenidos y relaciones. Nuevas personas pueden acercarse también al arte sagrado contemporáneo, que puede ser un lugar importante para la discusión y el diálogo.

Queridos amigos, os extiendo la invitación que hice a toda la Iglesia en Italia de caminar por el sendero trazado con la exhortación *Evangelii gaudium*. Y también creo que la Exhortación más reciente sobre el tema de la santidad, *Gaudete et exsultate*, os concierne de una manera particular, porque los museos eclesiolásticos también son una resonancia de la santidad del Pueblo de Dios. ¡Esta perspectiva es fascinante! Pero antes que nada, nos recuerda a todos que estamos llamados a ser santos, dentro del pueblo santo y fiel de Dios. La santidad es la belleza más verdadera de la Iglesia. Una belleza que da también sentido y pleno valor a vuestro servicio a la Iglesia y en la Iglesia, que os aprecia y os lo agradece. Por eso os bendigo y te animo. Y tú también vosotros, por favor, rezad por mí.

Boletín de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, 24 de mayo de 2019.